

## Capítulo II: EL PODER, LA DEMOCRACIA Y LA PRENSA: UNA RELACION CONTRADICTORIA Y DIFICIL

Víctor Meza

### ANTECEDENTES

#### Del autoritarismo a la democracia

La relación entre el poder y la prensa, entendido el primero como una conjunción complementaria de la economía y la política, es tan vieja como viejos son sus protagonistas. Desde los inicios mismos de la prensa, en sus manifestaciones más primarias, se fueron conformando sus relaciones, casi siempre difíciles y contradictorias, con los círculos del poder.

La invención de la imprenta por Juan Gutenberg en la Europa medioeval, significó un gran impulso a la divulgación de la palabra escrita y generó, como era de esperar, las reticencias y resistencia de los monarcas absolutos de entonces, que se afanaron por poner bajo su control y limitar los alcances de aquel invento tan novedoso como sospechoso.

Unos siglos más tarde, Napoleón Bonaparte, que tenía sobradas razones para conocer las veleidades y fluctuaciones de la prensa en su relación con el poder, no vaciló al momento de expresar sus deseos de gobernante absoluto y poner en claro sus pretensiones de control sobre los periodistas de la época. "La libertad de prensa, dijo el Emperador, debe estar en manos del gobierno, la prensa debe ser un poderoso auxiliar para hacer llegar a todos los rincones del Imperio las sanas doctrinas y los buenos principios. Abandonarla a si misma es dormirse junto a un peligro"<sup>1</sup>. Y, en el siglo XIX, otro gobernante, con una visión más práctica y utilitaria de la prensa, Otto Von Bismarck, desde la Cancillería prusiana ordenó la creación de un fondo presupuestario especial, destinado exclusivamente para comprar periodistas y convertir lo que debía ser información de prensa en un instrumento simple de la propaganda estatal. Curiosamente, esa asignación monetaria creada por Bismarck para fines tan específicos como deleznable, era conocida en los círculos políticos de entonces con el despectivo nombre de "fondo de los reptiles"<sup>2</sup>.

Prensa y poder, pues, han marchado juntos desde hace ya mucho tiempo, y sus relaciones, como un péndulo incesante, han oscilado y oscilan entre la confrontación y el halago, entre la vigilancia y la complacencia. El poder tiende inevitablemente a sospechar de la prensa, desconfía de sus intenciones y logros, la ve como una intrusa que husmea en sus pasillos y laberintos, buscando siempre descifrar los secretos mejor guardados, tratando de airear en público lo que la "razón de Estado" demanda conservar en secreto. Y la prensa, por su parte, si es independiente y profesional, insiste en fiscalizar las actividades del poder, persevera en la vigilancia y el control sobre la gestión pública. La prensa se va erigiendo así, poco a poco, en una especie de contrapoder, un espacio para la contraloría social, un instrumento para asegurar la transparencia y la corrección en las actividades del Estado.

Como es de suponer, una relación semejante no puede estructurarse sin confrontación ni conflictos. Posee, por naturaleza, una esencia contradictoria. Es contrapuesta, por definición. Entre más independiente sea la prensa, mayor será la tentación del poder por controlarla y ponerla a su servicio. Y, al revés, entre menos transparente y abierto sea el accionar gubernamental, mayor será el esfuerzo de la prensa por develarlo y cuestionarlo en público.

Esa lucha constante entre la vocación de denuncia y el afán del secreto, caracteriza siempre, en última instancia, la relación entre el poder y la prensa. No importa cuán democrático y pluralista sea un gobierno, siempre habrá en su interior fuerzas y tendencias que pugnan por reducir el campo de acción de la prensa. Nunca faltan funcionarios que prefieren el silencio y la secretividad antes que el debate abierto sobre la gestión pública. La llamada "cultura del secreto", que convierte al burócrata en celoso guardián de las intimidades oficiales, termina, más temprano que tarde, erigiéndose en muralla que la prensa independiente no sólo debe sortear sino también derribar.

No es casual que las llamadas leyes que regulan el acceso a la información, según el grado de permisividad o limitación que contengan, se hayan ido convirtiendo poco a poco en algo así como termómetros válidos para medir la escala de apertura de las sociedades y el nivel de transparencia en los gobiernos democráticos.

En los regímenes totalitarios, o simplemente autoritarios, la relación del poder con la prensa discurre por vías verticales, ya sea a través del principio duro del "orden y mando" o por la forma menos elocuente de la discreta pero férrea censura. El poder traza la línea que marca el límite de la permisividad en la prensa, establece las reglas del juego y se ocupa directamente de su estricto cumplimiento. La prensa, en tal situación, deja de ser un contrapoder para convertirse en apéndice del poder. Se transforma en su contrario y, abandonando su espíritu fiscalizador y crítico, se reduce a cumplir la función de propagandista del régimen.

En la Alemania nazi, para citar uno de los ejemplos más siniestros, la información y la propaganda llegaron de hecho a ser sinónimos, y la prensa quedó, en lo fundamental, convertida en un instrumento más al servicio de la guerra desatada por Adolfo Hitler. La prensa como prolongación del esfuerzo bélico. Los periodistas como soldados al servicio del nacional socialismo. En la antigua Unión Soviética, la libertad de prensa, por supuesto, no era más que una ficción. Pero en la época más difícil, durante el estalinismo, la prensa alcanzó niveles de abyección y servilismo increíbles, saturando sus páginas con loas interminables al poder y orquestando las estructuras del culto a la personalidad más sistemático y casi perfecto que la historia humana había conocido hasta entonces. Una prensa gris y monótona, cargada de adjetivos y símbolos, de contenido pobre y aburrido, sirviente fiel y obsequiosa de los diferentes circuitos del poder político.

En los Estados democráticos la situación cambia, tanto en su contenido como en su forma. La relación entre la prensa y el poder adquiere nuevos matices, se construye bajo otros parámetros y modelos. La naturaleza democrática del sistema requiere, para realizarse, que la prensa sea independiente y se constituya en un ente fiscalizador y vigilante. Pero, al mismo tiempo, la esencia propia del poder, en tanto

que factor de coerción social y mecanismo de control político, demanda, para hacerse fuerza real, subordinar a la prensa y someterla, sutil y discretamente, a sus designios últimos.

Y así, el Estado democrático también contiene, en su interior, las fuerzas que apuntan al control de la prensa. Las formas que adquiere ese control y los mecanismos que utiliza son otros, menos directos y brutales que los del totalitarismo, pero igualmente pretenciosos y preocupantes. La búsqueda de la sumisión de la prensa pasa por la necesidad de crear una "prensa amiga", discretamente conciliadora, sospechosamente tolerante y comprensiva. No se le censura pero se le seduce. No se le reprime pero se le atrae. Se trata, en última instancia, de buscar su neutralización sin alterar su imagen de prensa independiente. Se pretende, a fin de cuentas, suavizar sus aristas críticas sin lesionar su reputación de vigilante.

En el fondo, todo se reduce a una contradicción simple: en tanto que democrático, el Estado necesita respetar a la prensa y estimular su autonomía funcional; pero, en tanto que expresión instrumental del poder, ese mismo Estado requiere de una prensa conciliadora y amigable, dispuesta a conceder y a autocontenerse. De esta forma, en la sociedad democrática, la relación entre la prensa y el poder discurre por vías más horizontales aunque menos lineales, más abiertas pero menos evidentes. Su esencia conflictiva se expone en forma cruda o se encubre y se disfraza. Si se insiste en la independencia y el rol fiscalizador, entonces la relación se abre y muestra su naturaleza conflictiva. Si, por el contrario, se transa y se reduce el espíritu crítico, entonces la relación se hace subterránea y amistosa.

Los mecanismos que utiliza el poder para seducir y someter a la prensa son amplios y variados, tanto como lo son los esfuerzos y afanes de la prensa por mantener su independencia y libertad. En esta lucha de influencias y rechazos, el forcejeo se produce en un polémico espacio en el que concurren, además de las pretensiones del Estado, los intereses empresariales y políticos de los dueños de la prensa así como la formación profesional y el compromiso ético de los periodistas mismos. El espectro es muy amplio y la lista de procedimientos y fórmulas que se utilizan para ganar la guerra o, al menos, algunas de sus más importantes batallas, es tan vasta como interminable. Mientras unos medios de comunicación sucumben y acceden a los halagos del poder, mimetizándose con él, otros se aferran a su independencia y optan por la vía que la vocación profesional les señala. Mientras unos periodistas insisten en conservar su autonomía profesional y ser fieles a su condición de comunicadores de la verdad y vigilantes de la gestión pública, otros se doblegan y rinden ante la seducción monetaria y los privilegios y canonjías que el poder alegremente les concede. Es, como en el caso de Bismarck, cuando empieza a funcionar a plenitud "el fondo de los reptiles".

O sea que, la corrupción - porque de eso se trata en realidad -, a través de las múltiples y sinuosas formas que adopta, se va convirtiendo poco a poco en una de las fórmulas preferidas del poder para atraer y subordinar a la prensa. Sin la crudeza de la amenaza ni la ferocidad de la censura, el poder, por la vía discreta y siempre estimulante de la corrupción, va, gradualmente, alcanzando sus fines: realizarse a

plenitud con el menor número de cortapisas posible, con la menor vigilancia social y sin mayor fiscalización pública.

En las llamadas democracias emergentes, en donde la cultura política de la sociedad todavía adolece de los vicios del reciente pasado autoritario e intolerante de los regímenes dictatoriales, la tentación absorbente del poder es muy fuerte. La ausencia de valores democráticos sólidos o consolidados, favorece la proliferación de fórmulas y mecanismos corruptores para atraer a la prensa y castrarle su temperamento inquisidor. Y, al mismo tiempo, la vocación independiente de la prensa y su naturaleza de contrapoder, todavía son muy débiles o apenas comienzan a manifestarse. De manera que resulta casi inevitable que las relaciones entre poder y prensa, establecidas durante el autoritarismo reciente, condicionen de algún modo y por cierto tiempo las nuevas relaciones entre ambas fuerzas en el periodo de transición hacia nuevas formas de convivencia social y política.

El peso de la tradición autoritaria funciona como un ancla que mantiene atada a la prensa a los viejos hábitos de complacencia y sumisión ante los "hombres fuertes" del poder público. Y por eso, al seguir atrapada en la red de los antiguos valores, la prensa se vuelve impotente para generar los nuevos hábitos y costumbres que la cultura política democrática demanda. O sea que, la prensa, al reproducirse regodeándose en la maraña de la cultura política tradicional, se niega a si misma como fuente promotora de una nueva cultura. Reproduce los viejos valores o genera los nuevos en forma distorsionada y defectuosa. Cumple su papel a medias, oscilando siempre entre la vocación por lo tradicional y el impulso hacia la modernidad, entre la concesión al pasado autoritario y la inserción plena en el futuro democrático.

En las sociedades que viven la fase de la transición política hacia formas democráticas y plurales de convivencia social, el papel de la prensa adquiere una importancia especial en tanto que factor clave para impulsar y promover la nueva cultura política que la democracia requiere. Pero no sólo eso: la prensa, al ejercer su función fiscalizadora con independencia y profesionalismo, juega un rol adicional, el de apuntalar la nueva institucionalidad política y social que va surgiendo en el proceso de transición, aportando la argamasa necesaria que necesita el nuevo edificio institucional para conservarse fuerte y sólido, capaz de resistir las inevitables presiones hacia la involución política. En esta forma, la prensa, además de fiscalizar al poder, contribuye a modernizarlo y abrirlo, haciéndolo menos excluyente e intolerante, más plural y democrático.

Sin duda alguna, para que la prensa pueda cumplir con solvencia el nuevo rol que la transición democrática le plantea, es indispensable que ella misma esté dispuesta a apostar por la democracia y la modernidad. O, lo que es lo mismo, que esté dispuesta a romper con el pasado de servidumbre política ante el autoritarismo del poder público. Ello permitirá que la prensa pueda, al negar su reciente pasado, insertarse eficazmente en el futuro inmediato. Dicho en otras palabras: sólo así es posible que la prensa pueda jugar un papel positivo en el proceso de la construcción democrática.

O sea que, en las sociedades en proceso de transición política hacia la democracia, la relación entre la prensa y el poder, sin perder su naturaleza conflictiva, adopta nuevas

facetas que le permiten a la primera reforzar los rasgos democráticos del segundo, sin contaminarse servilmente en este peligroso como inevitable acercamiento.

La prensa debe contribuir a construir la nueva cultura política democrática para beneficiarse de ella, limpiando la relación antigua con el poder y abriendo un nuevo espacio en donde la independencia profesional sea condición, más que obstáculo, para la construcción democrática, es decir para la consolidación del nuevo poder político. Y así, al promover la democratización del poder, la prensa estimula al mismo tiempo su propia democratización interna, de la misma manera que al preservar los valores de la cultura política tradicional y autoritaria, invalida su condición intrínseca de contrapoder fiscalizador y vigilante en el nuevo espacio democrático que la sociedad está creando.

En virtud de lo anterior, se debe concluir que la prensa no tiene muchas opciones en las sociedades que transitan hacia la democracia: o se apunta a favor de la misma, reafirmando su condición de contrapoder, o, por el contrario, la rechaza y se rezaga, negando su naturaleza fiscalizadora y renunciando a su responsabilidad social.

Esos son los retos y alternativas que la prensa, en su relación con el poder, debe afrontar en las sociedades que transitan desde el autoritarismo hacia la democracia.

## B. EL CASO DE HONDURAS

### 1. La prolongada transición y el papel de la prensa

La sociedad hondureña vive su propia transición política desde hace dos décadas. Es, al parecer, una de las transiciones políticas más largas en la historia contemporánea de América Latina. Iniciada en los momentos cruciales de la guerra fría en Centroamérica, la transición hondureña ha debido atravesar por diversas fases o etapas que, de una u otra forma, han dejado su impronta en el actual proceso político.

Iniciada en los años ochenta, la transición política en Honduras debió sufrir la influencia negativa de los poderes fácticos de esa época, especialmente de los militares. La presencia castrense - física, institucional y política - al interior de los engranajes estatales de entonces, no obstante la existencia ya de un gobierno proclamado civil, fue un factor adverso que limitó los alcances de la fase inicial de esa transición, castrando sus energías democratizadoras potenciales y reduciendo el espacio para que surgiera una nueva institucionalidad jurídico - política.

Con el afianzamiento de los procesos de paz en Centroamérica y el final de la guerra fría a escala global, las posibilidades de la transición democrática se abrieron y ampliaron. Los militares fueron perdiendo gradualmente su protagonismo político, en la misma medida en que el país entero veía reducirse gradualmente su importancia geoestratégica en la crisis política y militar de la región. Los espacios que perdía el poder militar se traducían en nuevas posibilidades para la institucionalidad democrática. Los políticos tradicionales, aliviados un tanto de la presión castrense, podían ahora volar más libremente con sus propias alas y ejercer con más atrevimiento la recién adquirida "autonomía política". La transición hondureña entró así a una nueva fase, de mayor impulso y vitalidad, que le permitió traducir sus avances políticos en nuevas construcciones jurídicas e institucionales y en novedosas formas de relación entre la sociedad y el Estado.

Nuevos y muy activos actores sociales hicieron su aparición pública en el escenario del país. Los viejos protagonistas, aunque no fueron desplazados totalmente de la escena, debieron ahora compartir los espacios con los nuevos agentes que empezaron a conformar esa masa gelatinosa y políticamente móvil que se llama sociedad civil. El espectro social y político se volvió más complejo, casi indescifrable, y la sociedad hondureña toda se encontró de pronto sumida en un ajetreo inesperado, como en un nuevo tiempo-espacio de su historia contemporánea, en donde el activismo social y la participación política comienzan a ser la nota más destacada.

Poco a poco, con tropiezos y caídas, con retrocesos temporales y obstáculos casi constantes, el país va avanzando en el camino de construir nuevas formas de convivencia social y política, en el marco de un Estado de derecho más plural y tolerante.

Para dar consistencia y perdurabilidad a las nuevas relaciones sociales y a la incipiente institucionalidad democrática que va surgiendo, es preciso formar y conformar una nueva cultura política, de corte democrático, que haga de los valores de la tolerancia, el pluralismo, la participación o la transparencia, los ejes clave de la nueva estructura política y social del país. Es necesario promover esos valores, estimular su difusión e implantamiento en la conciencia colectiva de la sociedad. Sólo así se dará consistencia y firmeza a las nuevas instituciones, generando un nuevo clima de convivencia política que haga imposible, o al menos muy difícil y poco viable, la permanente tentación al retorno autoritario. El peligro del inmovilismo o, lo que sería peor, el riesgo de la involución política, están siempre presentes y serán tanto más reales y posibles cuanto más débil y frágil sea la cultura política democrática de la ciudadanía.

Es en este contexto, en el de la creación y promoción de una nueva cultura política de carácter democrático, en el que debemos analizar el papel de los medios de comunicación en el proceso de la construcción democrática en Honduras. ¿Cuál es el rol que esos medios están jugando en este momento, cuán saludable o perjudicial es o puede ser su nivel de influencia, cuán positiva o negativa es o puede ser su participación en la cultura política de la sociedad hondureña, en esta fase de la transición hacia la democracia?. Son preguntas válidas y necesarias, aunque sus respuestas sean difíciles y complicadas.

Tal como ha sucedido en la historia de la humanidad, las relaciones entre el poder y la prensa al interior de la sociedad hondureña no han sido fáciles ni apacibles. Siempre, en mayor o menor medida, han estado marcadas por el signo de la conflictividad y el desentendimiento. Pero también, al igual que en la historia general, han tenido o tienen sus momentos de peligrosa cercanía y sospechoso entrelazamiento. Son los extremos que, como en el juego del péndulo, se acercan o se alejan, ora para reconciliarse, ora para confrontarse.

## 2. El necesario recuento histórico

Desde la aparición de los primeros periódicos hasta la fase actual, pasando por la llegada de la imprenta en la primera mitad del siglo XIX y a través de los momentos gloriosos del periodismo valiente y refinado de Alvaro Contreras o Froylán Turcios

en la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, las relaciones entre el poder y la prensa en la historia hondureña reproducen, con el color, los hábitos y el folclore locales, las mismas tendencias y características que se advierten en la historia de las sociedades modernas.

La vieja anécdota que describe la confrontación entre el poeta Juan Ramón Molina, que había destacado como periodista en las páginas del primer diario en la historia del país - El Diario de Honduras, surgido en 1891 - y el gobernante de turno, Terencio Sierra, a principios del siglo recién pasado, es apenas un reflejo, grotesco y ofensivo, de la intolerancia vulgar del poder frente a la fuerza y el decoro de la palabra escrita. Periódicos cerrados por la orden inapelable del presidente cerril; escritores y periodistas perseguidos o encarcelados; otros tantos en el exilio; muchos más condenados al hostigamiento oficial o a la reprimenda pública, son algunos de los tantos ejemplos que ilustran la controversial relación entre el poder público y los hombres de prensa.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se produjo una deslumbrante proliferación de pequeños talleres de impresión, dotados con elementales y a veces rústicas imprentas, las llamadas "tipografías", en distintos puntos del territorio nacional. En estos talleres se imprimían modestos periódicos y revistas locales, cuya existencia era a veces tan efímera y fugaz como divertido y variado su contenido. Surgían periódicos, a veces simples hojas volantes con periodicidad tan incierta como limitada, para defender los más extraños como diversos intereses: ya fueran las aspiraciones políticas de los caudillos rurales o las pretensiones municipales de determinadas regiones, sin olvidar los asuntos religiosos o el simple placer del regodeo satírico y la crítica humorística.

Eran fórmulas libres de un periodismo artesanal y limitado, que servía casi para todo, ya fuera la expresión individual de las preferencias doctrinarias de sus directores o la pura manifestación sectaria de las opciones políticas en contienda. Los nombres de estos periódicos locales permiten formar una colección variopinta de títulos tan ocurrentes como simbólicos 3.

En su diversidad y proliferación, este periodismo disperso y regional, virulento o sarcástico, "musa plebeya de la literatura", expresaba las ideas, aspiraciones e intereses en juego dentro de la discreta y encerrada sociedad hondureña de entonces.

Unas veces con inusitada agresividad verbal y otras con elegancia casi cosmopolita, los redactores de esos periódicos locales daban rienda suelta a sus prejuicios políticos, sin preocuparse mucho por la llamada "objetividad periodística" o el necesario "balance informativo". Eran periódicos que servían para defender la causa a la que adherían sus dueños y directores, generalmente la misma persona, y que, con frecuencia, abogaban por los intereses de los poderes locales con la misma devoción que, en otras ocasiones, utilizaban para confrontarlos y denunciarlos.

Con la implantación de las economías de enclave, primero en la minería y después en la industria bananera, los grandes intereses económicos del capital extranjero muy pronto percibieron la necesidad de contar con periodistas aliados o con medios de comunicación propios. Va surgiendo así lo que podríamos llamar el "periodismo de enclave", una cierta prensa especialmente concebida para servir al capital extranjero,

defender su implantación local y divulgar sus bondades, ocultando prudentemente sus excesos y perjuicios. Ya en 1888 apareció el primer número del Honduras Progress, un boletín de cuatro páginas en inglés que circulaba al menos una vez por semana, dedicado a promover los intereses del capital extranjero en la naciente industria minera del país. Tres años después, según Rafael Heliodoro Valle en sus estudios bibliográficos sobre el periodismo en Honduras, esta publicación se convirtió en el Honduras Mining Journal, siempre dedicado a los mismos objetivos. Unas décadas más tarde, en 1933, durante el recuperado auge del enclave bananero hondureño, surgió El Diario Comercial, orientado casi en forma exclusiva a defender y afianzar los valores e intereses de las empresas fruteras en la zona norte del país. Otros periódicos, que teóricamente se reclamaban independientes y veraces, también se pusieron, con mayor o menor sutileza, al servicio de los enclaves, convirtiéndose en "información de prensa" el simple afán de lucro de los inversionistas foráneos.

Gradualmente, la prensa local fue dejando atrás la fase artesanal de su funcionamiento, saturado de controversias y diatribas personales entre las diferentes facciones de los partidos políticos, para pasar a la etapa en que los intereses predominantes en su visión del mundo eran los mismos del capital extranjero, que ya copaba la mayor parte de los circuitos clave de la economía nacional. El tono ligeramente aldeano y bucólico de los antiguos editoriales, dio paso a las argumentaciones doctrinarias en favor del nuevo capitalismo en expansión.

Al mismo tiempo que las economías de enclave, especialmente el bananero, creaban o estimulaban su prensa y/o la "prensa amiga", los partidos políticos también fundaban sus propios diarios, esta vez en forma más institucional y sistemática, lejos de los primeros intentos aldeanos de las hojas volantes y los discretos periódicos regionales de circulación tan limitada como efímera. En 1933, por ejemplo, nació La Epoca, órgano oficial del Partido Nacional, y en 1949 apareció el primer número del diario El Pueblo, vocero reconocido del Partido Liberal. Se va creando e institucionalizando así la "prensa proselitista y partidaria", un periodismo sistemático al servicio exclusivo de los partidos políticos, que defiende sus concepciones del país y del mundo, acomodando la realidad de los sucesos a la visión que tiene el partido sobre las contiendas políticas en curso.

A diferencia de antaño y de las hojas casi parroquiales que utilizaban los caudillos rurales con pretensiones presidenciales, ésta es una prensa al servicio casi institucional y específico del partido. Más que un periodismo para informar sobre los hechos, éste parece ser un periodismo dedicado a acomodar la versión de esos hechos de acuerdo a los intereses políticos del partido que lo promueve. Es un periodismo de denuncia o de defensa, para agraviar al que se opone o disentir de quien defiende. Es un periodismo parcializado, encasillado en el marco cerrado de los intereses inmediatos y sectarios de quienes lo profesan y difunden. No es un periodismo clásico ni moderno en el sentido actual de esas palabras, aunque, justo es reconocer, todavía sobrevive y mantiene discreta vigencia.

La relación que se establece entre este periodismo y el poder es la misma que se articula entre los partidos políticos y el gobierno. La prensa partidaria no conoce más límites que los de la lealtad hacia el poder o los de la oposición al mismo. El



periodismo de partido no tiene alternativa: o está con el gobierno o está contra él; o es prensa gobiernista o es prensa de oposición. Por lo tanto, la relación entre esta prensa y el poder político de turno, oscila entre el halago y el rechazo, entre la diatriba y la complacencia. No encuentra ni busca el término medio porque no lo necesita. Su función no es ser independiente sino todo lo contrario. Depende del partido al que sirve y se comporta de acuerdo a la posición que adopta o tiene ese partido. Si el partido está en el poder, la prensa partidaria le defiende y disculpa; si está en la oposición, le acompaña y apoya en sus ataques y denuncias. Su lógica es simple: a favor o en contra. No tiene más opciones.

Quizás por eso, cuando se llevó a cabo un congreso de periodistas, organizado por la Asociación de la Prensa Hondureña, en mayo de 1930, para conmemorar el primer centenario del periodismo nacional, los delegados, que representaban a 18 periódicos del país, declararon solemnemente: "Se condena como inmoral la sujeción de la prensa a intereses particulares, la difamación, personalización de los debates y uso de lenguaje violento, publicación de injurias, anuncios en que se engañe al público, notas escandalosas sobre crímenes o sucesos sociales, aceptación de subvención de compañías extranjeras" 4.

A la sombra del enclave y junto a la prensa partidaria, emerge desde la sombra otro periodismo, el de la "prensa clasista", el llamado periodismo de clase o ideologizado, que asegura expresar los intereses de una clase social dominada y se enfrenta abiertamente contra el poder político, expresión de lo que considera la clase dominante. Este periodismo clasista no pretende ni quiere la neutralidad ante los hechos sobre los cuales informa y comenta. Su objetividad es entendida como el reflejo subjetivo de opiniones y posiciones claramente ideológicas. No busca vigilar al poder ni se limita simplemente a fiscalizar sus actos. Su aspiración es otra, más radical y profunda: destruir al poder, socavar sus bases para, una vez logrado ese objetivo, erigir sobre sus ruinas el nuevo poder político de las clases sociales que dice representar.

Este periodismo, como es de suponer, está directamente enfrentado con el poder político. Sus relaciones son antagónicas y permanentemente tensas. Aunque su fuerza no sea tan grande ni su influencia tan decisiva, el poder no lo tolera, lo hostiliza y persigue. Le obliga a menudo a ejercer desde la clandestinidad. Lo excluye del juego abierto y lo condena a la muerte institucional. Y por eso, muchas veces, el periodismo clasista funcionó casi como un periodismo de catacumbas, oculto, apenas perceptible, que va de mano en mano silenciosa, en infinita cadena de complicidad política entre los miembros de la secta, los "hermanos de clase". Vanguardia Revolucionaria, el periódico comunista de mediados del siglo pasado es, sin duda alguna, uno de los mejores ejemplos, aunque no el único, de este periodismo ideologizado y radical.

En forma paralela al desarrollo del periodismo de enclave y de la prensa partidaria o de la clasista, se fue consolidando también un novedoso y original tipo de periodismo, vinculado a las inversiones privadas de los clanes familiares, respaldado por fortunas personales o de grupo y resultado directo de las iniciativas particulares de sus promotores. Es la prensa como negocio familiar, como iniciativa del clan,

motivo de orgullo personal de sus dueños y blasón político y cultural de los socios. Es la "prensa de los clanes".

Es un periodismo más cercano al tipo clásico, informativo, generalmente independiente y fiscalizador de la gestión pública, que empieza a establecer la frontera que divide y separa, armoniosamente, los campos de la información y los de la opinión. Esta prensa informa y opina, pero se esfuerza por evitar la tentación de informar opinando. Se preocupa más por la verdad de los hechos y se esmera por investigar el trasfondo de lo que será su producto informativo. Busca, aunque no siempre encuentra, la necesaria distancia frente al poder político, del que se aleja o se acerca, pero evitando siempre confundirse con él. Se esmera por ser, o parecer, independiente. Se esfuerza por modernizarse y no esconde su naturaleza básica de empresa mercantil. Trata de funcionar, y a veces lo logra, como un buen negocio, sin tener para ello que limitar su autonomía, cada vez más profesional y especializada. Diario El Cronista, fundado a principios del siglo pero dirigido desde 1913 por Paulino Valladares, quien, al decir de Rafael Heliodoro Valle, "era fundamentalmente periodista", podría ilustrar mejor esta fase en el desarrollo de la prensa en Honduras. Según el mismo Valle, El Cronista ha sido, en esta etapa de la historia del periodismo hondureño, "el diario que ha tenido el mayor contenido doctrinario y el mejor estilo editorial" 5.

Las relaciones que se establecen entre esta prensa y el poder político se parecen cada vez más a las típicas relaciones de conflictividad y recelo. El poder reacciona ante la crítica y, según el estilo del gobernante de turno, las formas que esta reacción adopta pueden ser las de la censura abierta o las de la cooptación discreta. La prensa aprende a medir los límites de su propia libertad y conoce el punto de elasticidad que debe observar frente al poder. Si lo provoca demasiado, el cierre puede ser inminente, como le sucedió a El Cronista por primera vez en 1919. Si apenas le incomoda con sus denuncias y reclamos, la publicidad estatal merma o desaparece. Si evita causarle molestias y opta por una indiferencia cómplice, el poder sabrá retribuir esos alegres gestos con tolerancia y bondad. Así, de acuerdo al poder, funcionan las reglas del juego y a ellas deben atenerse los jugadores.

En la segunda mitad del siglo XX hace su aparición el nuevo periodismo, el de los grupos económicos locales, la "prensa de los industriales y comerciantes domésticos", que proliferan junto a la diversificación productiva de los enclaves, el auge del mercado común centroamericano y el discreto apoyo de la Alianza para el Progreso, nueva política de Estados Unidos hacia sus vecinos latinoamericanos. Diario La Prensa y, pocos años después, Diario Tiempo, son quizás los mejores ejemplos de este naciente modelo de prensa que emerge, más moderna y profesional, menos comprometida con los vicios del pasado, más identificada con los discretos aires de modernidad institucional que animaban a la empresa privada de entonces.

Este es un periodismo distinto, que busca su profesionalización constante, indaga en el trasfondo de los hechos y, con mayor o menor destreza y éxito, marca su prudente distancia ante el poder, buscando la forma de fiscalizarlo sin incomodarlo mucho, vigilarlo sin interponerse demasiado en su camino, denunciarlo cuando es preciso pero, al mismo tiempo, cortejarlo si es necesario.

Este periodismo es el que sienta las bases, en la segunda mitad del siglo pasado, para el desarrollo masivo de los medios de comunicación escrita que tenemos hoy. De igual manera, los medios electrónicos de comunicación social, especialmente la radio y la televisión, en una u otra forma, también han evolucionado en su desarrollo profesional y tecnológico en esta fase caracterizada por la implantación y el predominio de la prensa - apéndice de los grupos empresariales y financieros.

Es curioso comprobar que en el campo de la prensa escrita, los grandes sobrevivientes de esta etapa del periodismo hondureño son precisamente dos de los periódicos que circulan hoy en día, los diarios La Prensa y Tiempo. A diferencia de otros países vecinos como El Salvador o Costa Rica, en Honduras no existe ningún diario activo que haya sido fundado en el siglo XIX. Es más, el nuestro es el único país de la región centroamericana en donde no ha podido mantenerse con vida ningún diario surgido antes de 1964. De los cuatro diarios que circulan actualmente, tres de ellos - Tiempo, La Tribuna y El Heraldo - nacieron en la década de los años setenta. La Prensa, que oficia como el decano de los diarios hondureños, surgió en 1964.

La relación de esta prensa, nacida al amparo de las empresas económicas locales, con el poder político, se vuelve más difícil y laberíntica. Signados siempre por el espíritu del recelo y la mutua desconfianza, los vínculos oscilan entre la cercanía y el alejamiento. La maraña de intereses económicos y políticos que está detrás de las nuevas empresas periodísticas, condiciona su relación con el poder de una manera especial y generalmente contradictoria. De acuerdo a la fuerza y capacidad de presión de cada uno de esos intereses, en momentos diferentes de su actividad profesional, este nuevo periodismo se pone al servicio del partido o del gobierno si así conviene a las pretensiones privadas de sus dueños. O, por el contrario, denuncia y adversa las acciones del poder si los intereses del grupo económico que la patrocina pudieran resultar lesionados o excluidos. En 1968, el gobierno militar de entonces, exasperado por la crítica periodística y acorralado por protestas callejeras, reprimió directamente a los dueños del diario La Prensa y ordenó el cierre, afortunadamente temporal, del mismo.

Sin duda, a pesar de sus evidentes limitaciones en el campo de su propia autonomía, esta prensa es más profesional y "clásica". Hace esfuerzos por modernizarse, no sólo desde el punto de vista técnico sino también desde la perspectiva profesional de sus protagonistas. En la fase en que empieza a consolidarse, encuentra un nuevo aliado muy importante y vital en el camino de su ansiada profesionalización: la Escuela de periodismo, que nace al abrigo de la Universidad Nacional Autónoma justo al comenzar la década de los años setenta, casi coincidiendo con el momento en que fue fundado Diario Tiempo.

El aporte de la academia a la profesionalización de la prensa es clave y cada vez más influyente. Nuevas generaciones de periodistas, avalados por un título universitario que no siempre es garantía de su calidad profesional y ética, invaden el mercado de la comunicación social y copan las redacciones de los medios escritos, radiales y televisivos. Los otros, los llamados empíricos, aún dominando las artes del oficio y conociendo los vericuetos de la profesión, se van replegando poco a poco, refugiándose en su experiencia o buscando el alivio de la jubilación. Aunque conocen

su campo y, varios de ellos, dominan la habilidad del acomodo dentro o fuera del poder, no tienen muchas opciones ante el tropel de jóvenes atrevidos y audaces, impulsados por el resorte de la ambición profesional o mercantil, que se apoderan de los espacios y empiezan a conocer "el discreto encanto" de la corrupción. Los empíricos se repliegan, pero no desaparecen del todo. Muchos de ellos, periodistas experimentados y maestros del oficio, acompañan a la nueva generación, ya sea ayudándole positivamente a orientarse mejor en el nuevo laberinto o contaminándole sus viejos vicios y resabios. Ha llegado el momento del relevo, gradual y necesario, generacional y técnico.

Diez años después, cuando comience la primera fase de la transición política hacia la democracia, las nuevas generaciones de periodistas ya estarán muy bien posicionadas en sus recién conquistados espacios, preparadas o no para jugar el nuevo rol que la historia moderna y la construcción democrática demandan de los medios de comunicación social.

## C. LA PRENSA Y LA DEMOCRACIA

### 1. Información y ciudadanía

Aunque no debería haber duda sobre la importancia del tema, su presencia en la agenda nacional ha sido mínima y la atención de los científicos sociales y analistas políticos ha estado ausente. Otros asuntos y problemas han absorbido el interés de la gente y la preocupación de la sociedad. Los medios de comunicación social, sobre todo la prensa escrita, la radio y la televisión, han estado como al margen, a salvo de la mirada cuestionadora de la ciudadanía, lejos de la preocupación escudriñadora de los académicos, tratando de ser la válvula de escape de las tensiones sociales y considerándose a sí mismos, a veces con cierta razón, como los mejores y más habilitados defensores de la transparencia y la justicia, de la libertad y la democracia.

Pero las cosas no son tan simples ni sencillas, y esa situación, deficitaria y preocupante, afortunadamente ya está cambiando. Cada vez se advierte más inquietud y suspicacia, mayor interés por saber cuál es o debe ser el rol de los medios de comunicación social en el diseño y construcción del modelo político democrático que la sociedad hondureña demanda y necesita. El creciente espíritu cuestionador que aflora y se asienta en la sociedad hondureña post Mitch, trae aparejado consigo un nuevo afán por conocer y valorar el papel de los medios en la vida social, su influencia y condicionamiento, su importancia y necesidad.

Y no es casual que así sea. Para que la democracia sea real y funcional, es necesario que los ciudadanos participen, que adquieran conciencia de ser sujetos reales, agentes activos, capaces de insuflar dinamismo a los procesos sociales y políticos. Pero para que eso suceda, es preciso también que los ciudadanos estén bien informados, que sean receptores críticos de una información veraz e independiente. Un ciudadano informado es, sin duda alguna, un ciudadano políticamente participativo y socialmente más vital. Es el componente clave de la sociedad democrática, en contraposición a una sociedad de lectores adormecidos o televidentes y radioescuchas pasivos. "Los medios de comunicación son un aspecto tan esencial de la democracia,

dice un autor, que, sin ellos, aquélla, en la medida en que es sinónimo de libre debate, no podría existir" 6.

Por lo tanto, si la prensa se comporta como un ente profesional y autónomo, fiscalizador del poder y transmisor objetivo de la verdad de los hechos, sin duda su papel será positivo y estimulante para el proceso de construcción democrática. Y al revés: si la prensa actúa como un simple apéndice instrumental de los grupos económicos que la controlan y utilizan (a fin de articular mejor sus beneficiosas relaciones con el poder político), su rol será limitado y, eventualmente, perjudicial para la democracia. Sólo la prensa realmente independiente y profesional está en mejor posición para jugar un papel favorable a la conformación de ciudadanía y a la promoción de una cultura política democrática. La otra prensa, la que está condicionada por los halagos del poder o por la urgencia mercantil de sus propietarios, no tiene posibilidades reales, o las tiene en menor medida, para promover los valores de la democracia y contribuir a su cultura política.

## 2. La doble naturaleza de la prensa, la cultura política y las pretensiones corruptoras del poder

Al analizar el papel de la prensa en su relación con los procesos de construcción democrática, es bueno recordar que la misma adolece de una doble condición contradictoria, al ser al mismo tiempo un agente social de servicio público y una empresa económica legítima. Su primera característica la impulsa para servir a la comunidad de usuarios, proporcionándole información correcta en forma independiente y profesional. Su segunda faceta, en cambio, la induce a privilegiar las ganancias y asegurar la rentabilidad productiva de la empresa. Esta doble naturaleza intrínseca en los medios de comunicación privados, les condiciona en forma dual y, a veces, perversa. A la vez que les abre los espacios del público y les obliga a la lealtad profesional y al compromiso ético, les cierra o limita las posibilidades de independencia y veracidad. Al tiempo que los promueve como factores de cambio y democratización, también les frena y reduce, subordinando esa función a las prioridades empresariales y políticas del propietario y sus socios.

La solución a este dilema no es fácil ni se puede lograr a corto plazo. La discusión en torno al tema ha sido amplia y sigue siendo muy intensa entre los expertos y estudiosos de las ciencias de la comunicación. La fórmula salvadora seguramente tiene mucho que ver con factores tales como la cultura política de la sociedad, la capacitación creciente de los periodistas, su compromiso profundo con la ética, el respeto irrestricto de los dueños de los medios hacia la autonomía profesional de los redactores, editores y directores de prensa, o el grado de modernidad empresarial y política de todos juntos. En síntesis, es un problema de cultura política democrática.

Conviene recordar, para ampliar el análisis, que entre los dueños y la prensa - su prensa - está una amplia franja integrada por los periodistas, que son, en esencia, los que dan vida y fuerza al medio de comunicación. Si se respeta la autonomía profesional de los hombres de prensa, ya sean los redactores, los editores o directores del medio de comunicación, la independencia de la prensa tiene más posibilidades de volverse real y concreta. Pero, si sucede lo contrario, si los dueños insisten en comportarse como si fueran directores y editores dentro de sus propios medios, la

calidad profesional de la prensa resulta disminuida y su necesaria independencia se convierte en quimera. Son los dueños, en este caso, los que tienen la última palabra: o se conducen como empresarios modernos, respetuosos de la autonomía profesional de los periodistas o, al revés, se transforman en "periodistas" ellos mismos, subordinando los contenidos y las formas de la información a sus intereses empresariales mediatos e inmediatos o a sus simples caprichos de "barones de la prensa".

En relación con estos temas, es bueno tener en cuenta que no siempre la concentración de la propiedad sobre los medios se traduce de manera inevitable en dominio político sobre los mismos. Pueden darse situaciones, y en Honduras es posible observar algunas de ellas, en las que el control político sobre la prensa por parte del gobierno de turno, es casi equivalente al dominio económico que los dueños tienen sobre sus propios medios. El presidente, sin importar quien sea, obsesionado con su imagen de diminuto rey "republicano", empieza por controlar a los periodistas afines, continúa atrayendo a su redil a los propietarios de los medios para, finalmente, como en un ciclo siniestro y abrasador, acabar pretendiendo comprar y apoderarse de cuanto periódico, planta televisora o emisora radial se crucen en su camino. Es la obsesión enfermiza por controlarlo todo; por eliminar la crítica, no importa cuán insignificante e inofensiva ésta sea; por someter ante su ego infinito y demencial la voluntad cuestionadora de la prensa independiente y ética. Por esta vía, los gobernantes se convierten, quizás sin darse cuenta ellos mismos, en una suerte de Rey Midas al revés, que todo lo que tocan no lo vuelven oro, como hacía el legendario monarca frigio, sino que lo convierten en algo maloliente y dañino, en "prensa tarifada", como se acostumbra llamar en Honduras a la prensa corrupta. Su ambición desmedida y casi irracional por tener "prensa favorable", los lleva al extremo de traicionar u olvidar los propios postulados de sus "doctrinas" o "agendas" políticas, como cuando, al inicio de este gobierno (1998 - 2001), se proclamó, con vehemencia digna de mejores causas, el siguiente principio: "Si queremos una moral y una ética distintas para Honduras, iniciemos dando el ejemplo. Que cada uno, en su respectiva actividad, practique la ética, la moral y la honestidad. ¡ Guerra sin cuartel a los corruptos, pero igual castigo a los corruptores !".

Hoy, ese gobierno, cercano ya a su ansiado final, como en las tragedias griegas, sólo que en teatro local y aldeano, se ha convertido en el más grande corruptor de la prensa en la historia hondureña del siglo XX. Anteriores gobiernos se conformaron con pagar a cierta prensa y a determinados periodistas, algunos lo hicieron en forma abierta y descarada, otros con hipócrita prudencia y cautela, pero ninguno tuvo la pretensión desmedida de intentar cooptar a toda la prensa, subordinándola a sus intereses políticos y egolatría institucional.

La corrupción en la prensa, al igual que en otros sectores e instituciones, es como un virus que, al desplegarse y reproducirse, la invalida y paraliza, castrándole sus energías fiscalizadoras y reduciendo a la mínima expresión su afán cuestionador y vigilante. Pero cuando la corrupción es estimulada desde las altas esferas del poder público, el daño, sin duda, es más devastador, y sus consecuencias pueden ser desastrosas para el ejercicio del periodismo.

La corrupción convierte al periodista en mercancía, al igual que ya lo es la propia información. No en balde algunos periodistas corruptos, haciendo ostentación de un cinismo sin límites, alardean que ellos "ni se venden ni se compran... pero se alquilan". Se ofrecen al mejor postor o, si éste no los quiere, le presionan para que los alquile y utilice. Se forman verdaderas mafias de periodistas corruptos, que operan con precisión casi perfecta en el arte del chantaje y la intimidación. Sus jefes, los llamados "tiburones de la prensa", les organizan y dirigen como si fueran grupos de presión especial, núcleos de mentirosos que atacan o defienden a sus víctimas con el mismo celo y similar ambición. Fijan tarifas para sus "comentarios", proponen presupuestos para sus "campañas", sugieren los "estímulos" adecuados, y demandan, cuando es preciso, el "regalo" deseado, la muestra del "cariño" que requieren. Se prostituyen a si mismos, mientras, de paso, contaminan al gremio y degradan al oficio.

La corrupción en la prensa rompe las jerarquías y altera el orden normal de la cadena interna de mando en los medios de comunicación. De pronto, el periodista corrupto más cotizado se convierte, por obra y arte de su misma venalidad, en el más influyente del entorno, con poderes superiores a los de su propio director o editor, y sólo sumiso y discreto ante la voluntad omnímoda del dueño del medio. La corrupción se vuelve así un factor disolvente, que conspira contra la autonomía profesional, y los periodistas corruptos se convierten en involuntarios portadores del virus que acabará, más temprano que tarde, propiciando el deterioro y decadencia finales de su propia profesión.

Les pasará lo que ha sucedido con ciertos poderes fácticos en el reciente pasado, los militares por ejemplo. Después de haber ostentado por muchas décadas un poder casi absoluto en la vida del país, las Fuerzas Armadas han entrado en una fase de desgaste y debilitamiento institucional evidentes. El abuso constante del poder, su ambición política desmedida, la corrupción, la arbitrariedad y el irrespeto sistemático a la ley, les llevaron, finalmente, a una situación total de descrédito y vulnerabilidad.

De igual forma, los periodistas corruptos, que hoy amenazan, agreden e intimidan a sus víctimas como lo hacían antes los militares (aunque con métodos diferentes); que gozan de parecida impunidad a la que disfrutaban los hombres de uniforme; que creen poseer un poder enorme y discrecional sólo comparable al que detentaban los coroneles y generales de antaño, entrarán también, más temprano que tarde, en la fase de su propia decadencia, envueltos en la podredumbre de su cizaña y mentira, para luego perder el preocupante protagonismo social que hoy exhiben y usufructúan.

Como a los militares, les llegará la hora del ocaso y, entonces, la sociedad podrá respirar, aliviada y tranquila, un aire cada vez más limpio y refrescante.

Pero mientras llega ese momento, vale la pena reflexionar más sobre el tema y comprobar cómo la corrupción en la prensa, debido a la gran influencia y cobertura de ésta, se reproduce con asombrosa rapidez como valor negativo y dañino dentro de toda la sociedad en su conjunto. Poco a poco, va extendiéndose hacia otros sectores, invadiendo nuevos espacios públicos y privados, hasta llegar a acercarse a su utopía ideal: la conversión de Honduras en un "país de cómplices", en donde todos estén manchados por el cieno de la corrupción, neutralizados en su ética personal y pública,

sin posibilidad alguna para la denuncia y el rechazo. Este idílico "país de cómplices" es algo así como la Arcadia con la que sueñan los corruptos y a la que aspiran aquellos periodistas que han hecho del engaño, la mentira y el chantaje, sus negocios favoritos y más lucrativos.

Para impedir que este sueño - pesadilla en verdad - se vuelva realidad, la ciudadanía debe estar activa y ser muy vigilante. La corrupción en la prensa, todavía, afortunadamente, es parcial y relativa. Su influencia aún no es tan grande ni avasallante como quisieran sus promotores. Por eso es posible atajarla, salirle al paso, denunciarla y combatirla. Esa es y debe ser la obligación primaria de los usuarios de la información y de la ciudadanía en general.

Durante el desarrollo de este trabajo de investigación sobre las relaciones entre la prensa, el poder y la democracia en Honduras, tuvimos oportunidad de realizar numerosas entrevistas personales con destacados políticos - algunos que fueron presidentes de la república, secretarios privados o ministros -, con asesores del Congreso Nacional, empresarios de los medios de comunicación y, también, por supuesto, con varios periodistas. Sus juicios y puntos de vista son muy útiles y valiosos y, por lo mismo, vale la pena incluir algunos de ellos en el contexto de este análisis. Leamos lo que dicen y saquemos las conclusiones que haya que sacar:

"Nosotros teníamos una relación privilegiada para ciertos sectores - reconoce un ex presidente de la República -, y fue que les dimos posiciones en el gobierno, pasaron de ser periodistas a ser relacionadores públicos, asalariados del Estado; se les atendió con dádivas limitadas: boletos, pasajes, pero nada masivo, no había compra total de una voluntad, eso no existía y eso ha sido algo que se ha dado de siempre, no sólo en los gobiernos militares, eso está desde el inicio de la prensa."

Al ser preguntado sobre los métodos de control y la estrategia que usan los políticos con respecto a los medios, el ex gobernante contestó:

"Bueno, a nivel superior, la relación con los dueños de los medios; de ahí se deriva todo. La buena relación con el dueño del medio; si la relación con el dueño del medio es mala, no importa lo que uno pueda hacer con el periodista, al final de cuentas el medio está en contra de uno. Una vez que se construye la relación con el dueño del medio, que es una relación personal, no necesariamente económica, sino que de acceso, de buen trato, la siguiente etapa es construir con lo que uno considera es el periodista de influencia en el medio, que no necesariamente es el Director o el Jefe de redacción. Con ese periodista se busca tener una relación de amistad, en la que él vea una perspectiva para su mejoramiento, si así lo desea, de carácter personal". ¿Regaló carros a los directores de medios?, preguntó la entrevistadora. "No - respondió el político -, con los directores de medios la relación fue muy pulcra, a menos que haya habido un problema grave de salud, una necesidad imperativa, es decir, si se enferma el director del medio, uno le ayuda..." Al valorar la situación del mandatario actual, el experimentado dirigente político concluyó: "como es tan tímido, sólo se protege con el poder, no puede resolver los problemas, mete la cabeza como el avestruz. El sólo llama a los periodistas por teléfono y los amedrenta, así los controla. Es grave lo que está pasando con la prensa; ha perdido su rumbo y este ciclo debe acabar".



Otro entrevistado, esta vez un influyente asesor del Congreso Nacional, también fue muy amplio y explícito en sus juicios de valor:

"Con los periodistas, el poder ahora maquilla el viejo y vulgar soborno de mano a mano por un contrato de servicios profesionales suscrito directamente con el interesado o sus testaferros. También reparte cargos públicos a los parientes del periodista o a él mismo. De este modo, se les hace partícipes del poder, verdugos y víctimas a la vez. Ganadores de un provecho económico, pero perdedores del alma con el diablo".

Al hacer referencia a los propietarios de los medios de comunicación, el asesor agregó:

"Con los dueños de los medios, los políticos corruptos, la cleptocracia que ejerce el poder, utilizan la amistad para obtener sus favores. Dan publicidad, otorgan contratos para empresas afines y promueven competencias entre los medios, hasta siembran rivalidades en forma premeditada. A veces hacen pensar a un dueño que él es capaz de poner o quitar presidentes. Esto hace que muchas empresas de comunicación se sientan con autorización para atropellar a quien sea, con el aval o la autoría de su dueño. A este tipo de personas no les preocupa el sistema democrático; les preocupa la acumulación. Les importa traficar con el poder y eso enseñan a sus trabajadores; les pagan malos salarios para que usen la grabadora como patente de corso, para que complementen con ella sus ingresos".

Un ex secretario privado presidencial, al responder a nuestra entrevista, no se anduvo con rodeos ni vacilaciones para reconocer que la relación entre poder y prensa

"es básicamente una relación entre dos poderes. Una relación que se fundamenta en la ayuda mutua, es decir, tú me ayudas y yo te ayudo. La sociedad política hondureña, agrega el ex funcionario, depende en gran medida de la buena o mala imagen que pueda hacer la prensa. Pero esa buena imagen tiene un precio, y esa mala imagen implica un costo... es una relación básicamente mercantil: de costo - beneficio".

Y los funcionarios, ¿cómo sobornan al periodista?, se le preguntó al entrevistado.

"Desde el poder se puede todo", contestó, en forma rotunda, para después desarrollar mejor la idea:

"Emplearle su hija, su hijo, su pariente cercano en un buen puesto, es decirle a ese actor, a ese periodista, que no diga nada, que no informe ningún error, que no haga crítica al funcionario que incurra en faltas, errores o delitos. ¿Por qué? porque a ese funcionario le debe un favor. Y no sólo de esa forma; pueden haber estipendios directos al periodista para que se calle"... "más tarde - prosigue el ex secretario -, vino un gobierno que sitió a la prensa. Los ubicó en todos los estamentos del poder, les dio facultades de abrir puertas con llamadas telefónicas. Pero la prensa se silenció, se dejó castrar, se dejó quitar la credibilidad, se dedicó a cumplir funciones estatales y olvidó su deber con el país, el deber de informar a la opinión pública. En su papel de desinformadora, la prensa se ubicó en contra de la nación".

En una extensa y bien fundamentada carta, un importante empresario de los medios de comunicación explicó a su entrevistador, entre otras cosas tan útiles como curiosas, la forma en que opera el poder para atraer o presionar a la prensa:

"El poder político, especialmente cuando es gobierno, tiene una serie de sistemas para presionar a la prensa, especialmente la colocación de publicidad, el nombramiento de periodistas y dueños en diferentes comisiones, las invitaciones a viajes, las ayudas cuando periodistas tienen accidentes o enfermedades, los negocios a los propietarios de la prensa, todo influye en la relación del poder político en la prensa. Igualmente sobre este tema pudiéramos escribir casi un libro por la experiencia de cuarenta años que tenemos como fundadores, organizadores, propietarios y periodistas en diferentes medios de comunicación" 7.

Ojalá que el autor citado, algún día, se decida por fin a escribir el libro que menciona. Estamos seguros que sería de mucho provecho para la sociedad hondureña y permitiría entender mejor, de viva voz y desde adentro, cuál es el papel que los medios deben jugar en la vida democrática del país. Mientras llega ese momento, hagamos un alto en las citas de los entrevistados, pues suficientes confesiones, ideas y juicios de valor hemos acumulado ya para este libro. Limitémonos a constatar - y alegrémonos por ello - que la desmesurada pretensión de controlar a la prensa entera, subordinando todos sus circuitos y eslabones a la voluntad oficial, ha sido una pretensión fallida. Por fortuna, tan descabellado plan no ha tenido ni puede tener éxito. Hay suficiente prensa honrada y abundantes periodistas honestos para impedirlo. Pero, y esto es sin duda lo más importante, cada vez hay una ciudadanía más vigilante y crítica, más participativa y alerta, que demanda transparencia y exige más y mejor control social sobre la gestión pública.

En este tema, como en muchos otros que afectan a la relación entre prensa y política, es bueno recordar esta verdad tantas veces comprobada: para ser poderoso, un medio de comunicación no necesita forzosamente estar al servicio del poder. Es más, mientras más lejos se está del poder, mayor es la independencia del medio y, por lo tanto, mayor será su credibilidad social. Quizás por eso se afirma que "la credibilidad es para los periodistas lo que la independencia para los jueces"8.

### 3. Credibilidad, modernización y democratización

Los medios de comunicación social en Honduras, al igual que la sociedad en su conjunto, también han experimentado cambios importantes y variaciones sustanciales, tanto en su conformación tecnológica como en su doble función de informadores e intérpretes de los hechos y la realidad. El periodismo informativo y el periodismo de opinión han evolucionado, alcanzando nuevos peldaños en su desarrollo profesional, empresarial y técnico. Pero la modernización tecnológica y administrativa de los medios no siempre ha marchado en forma paralela con los esfuerzos a favor de la democratización interna y en pro del respeto a la autonomía profesional. Se ha producido una especie de desfase, un cierto desencuentro, muy parecido al que se genera en las relaciones entre la nueva institucionalidad política y jurídica, surgida en los años de la transición, y la cultura política democrática de la sociedad.

Sin embargo, a pesar de ese evidente divorcio entre modernización y democratización internas, el rol de los medios ha crecido y se ha ido afianzando como factor clave y fundamental de la vida en democracia. Su función múltiple, en tanto que factor de información, poder fiscalizador y espacio abierto para el debate tolerante y

democrático, debe tender a consolidarse y ampliarse. No puede ser de otra forma. Y por lo mismo, la influencia de los medios sobre los procesos políticos y sociales es cada vez más grande y avasalladora.

No es casual que la mayoría de las encuestas a nivel de América Latina y en el plano nacional, revelen en forma reiterada la creciente importancia de los medios y el alto grado de credibilidad que tienen entre la población local. El "Informe sobre Desarrollo Humano: Honduras 2000", elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), muestra que la prensa, después de la Iglesia - aunque bastante lejos de ella -, es la institución que capta el mayor grado de confianza por parte de los encuestados 9. Un sondeo de opinión realizado por el Centro de Documentación de Honduras (CEDOH) y el Foro Ciudadano en marzo de 1999, entre líderes y dirigentes locales en las áreas más afectadas por el paso reciente del huracán Mitch, reveló que los medios de comunicación, la iglesia católica y las organizaciones de vecinos gozaban de la valoración más positiva por su papel desempeñado durante la catástrofe natural, mientras que los partidos políticos y los diputados recibían la nota más baja en términos de la aceptación pública 10.

El alto grado de estimación del que gozan los medios de comunicación evoluciona de manera paralela con el preocupante deterioro y falta de credibilidad que padecen muchas instituciones del Estado democrático y algunos gremios y grupos sociales, entre otros los propios partidos políticos y sus dirigentes, las fuerzas de seguridad, el sistema de justicia, los diputados o los núcleos empresariales. El mismo informe del PNUD insiste en lo siguiente: "Los hondureños manifestaron algo de confianza en las demás instituciones, pero más en la prensa que en el Poder Judicial, y más en la televisión que en el gobierno; es relativamente mayor en las Fuerzas Armadas que en la Policía o que en la Asamblea Legislativa; es muy poca en los sindicatos y aún menos en los partidos políticos y en los empresarios" 11.

Por supuesto, esta valoración positiva tiene su explicación concreta. Los medios de comunicación cada vez operan más como canales de evasión para las insatisfacciones diarias y el desencanto social y político de los ciudadanos. La gente acude a ellos para denunciar las injusticias, reclamar sus derechos o simplemente desahogar sus pasiones y frustración cotidiana. Son el instrumento apropiado para hacerse oír, para enviar mensajes al gobierno o expresar lo que no se puede decir en otras instancias públicas. Pero, además, los medios, sobre todo algunos de ellos y en etapas concretas de nuestra historia reciente, han jugado un papel de primer orden en la denuncia y el desenmascaramiento de la corrupción oficial, las violaciones a los derechos humanos, el abuso del poder o la mala administración pública. Se han ganado el respeto y la credibilidad de la ciudadanía, valores que se pueden perder - y de hecho se están perdiendo - cuando la corrupción invade los espacios de la prensa, la contamina, manipula y condiciona.

El deterioro de la confianza pública y el evidente desencanto de los ciudadanos con el sistema político y sus instancias mediadoras, deberían ser un estímulo para que los medios de comunicación incrementen y agudicen su papel fiscalizador frente al poder del Estado y la gestión pública. Pero, lamentablemente, no siempre sucede así. La corrupción, al atraer al medio a las redes del poder, se interpone y lo impide. Por eso,

no es casual que observemos la siguiente paradoja: mientras crece y se agudiza el espíritu de vigilancia por parte de la sociedad civil, decrece y se acomoda el espíritu fiscalizador de la prensa, especialmente de aquella seducida y atraída por el poder político.

#### 4. La tentación corporativa y la sustitución de instituciones

Saturados de autocomplacencia por la confianza pública, los medios pueden sucumbir, y muchos de ellos lo hacen con alarmante frecuencia, a la tentación de convertirse en las instancias sustitutas de la institucionalidad fallida. Como los jueces o los organismos contralores, por ejemplo, gozan de escasa o poca credibilidad, entonces surgen los periodistas que quieren suplantarlos. Con atrevimiento desmedido y afán casi irracional, algunos de ellos se erigen en jueces de la conducta ciudadana, pontificando desde los micrófonos, los estudios de televisión o en las salas de redacción, con una vehemencia y audacia que no se corresponden ni con su integridad ética ni con su capacidad profesional. Esta conducta, además de distorsionar el verdadero rol de los medios, es peligrosa para la salud democrática del país. Porque, en esencia, no se trata de suplantar a las instituciones sino de cambiarlas, mejorarlas, sustituirlas por otras si es necesario, pero hacerlas que funcionen en beneficio del Estado de derecho y a favor de la democracia. La prensa no está diseñada para sustituir a las instituciones del Estado ni para manipular a la audiencia colectiva. Esa no es ni debe ser su función, afortunadamente.

La influencia de los medios y su capacidad de ejercer presión en casi todos los ámbitos de la vida social, los han ido convirtiendo poco a poco en un verdadero poder, una especie de instancia arbitral en la sociedad, una fuerza sin control ni medida, un poder sin contrapoder. Es curiosa la dialéctica de esta metamorfosis: mientras los medios están llamados a jugar el papel de un contrapoder vigilante y fiscalizador, al final, por obra y gracia de la distorsión de sus funciones y misión, acaban convirtiéndose en un poder que no admite ni cuestionamiento ni vigilancia alguna.

Según un autor español, a los periodistas, en su triple condición de profesionales (es decir, ejercientes de un concreto oficio), titulares de poder (dueños de una cuota, más o menos amplia de poder, en este caso y a diferencia de los jueces, de facto) y servidores públicos, les "asaltan peligros distintos que, aun a riesgo de simplificaciones (dada la interpretación de tales naturalezas en una personalidad o totalización unitaria), podríamos caracterizar a través de los siguientes rasgos. La profesionalidad puede degenerar en profesionalismo, o mejor, para evitar ambigüedades, en corporativismo. Su participación en una cuota de poder fáctico está sometida no sólo a los riesgos inherentes (y perfectamente conocidos) a toda forma de poder institucional, sino, además, a las formas de corrupción típicas de los poderes extrainstitucionales, a los poderes que ni siquiera en el plano conceptual están sometidos a límites. Finalmente, una asunción precaria del carácter público de los servicios que prestan conduce directamente a entrar en la lógica meramente industrial, en la lógica de los amarillismos de toda laya. Corporativismo, abuso de poder y monopolio de la lógica empresarial son - en mi opinión - los tres pecados

capitales del mundo de la información. Se corresponden con precisión a la triple naturaleza del periodista; son el otro lado de la moneda, el lado infausto 12.

Siguiendo esta lógica distorsionada y preocupante, muchos periodistas gustan llamarse a si mismos el "cuarto poder", para indicar su importancia institucional, supuestamente equivalente o a veces superior a la de los tres poderes en que se divide el Estado democrático. Pero otros van más allá y pretenden convertirse, más que en un hipotético "cuarto poder", en el espacio real en donde se disputa, obtiene y reparte el verdadero poder. Esto se advierte especialmente en las épocas de campaña electoral. Entonces, los medios, algunos más que otros, muestran su fuerza y capacidad de decisión, abriendo o cerrando sus espacios para facilitar o entorpecer la lucha por el poder entre unos y otros aspirantes al mismo. Sin embargo, la prensa no tiene ni debería tener candidatos propios, porque la prensa no está para competir en elecciones sino para informar objetivamente sobre ellas. Por desgracia, no sucede así. Buena parte de la prensa no sólo participa como testigo sino que se involucra directamente, toma partido y, a veces, incluso adopta y promueve a sus propios candidatos. Es entonces cuando surgen los llamados "políticos disfrazados de periodistas", lo que, según Alfonso Guerra, no es más que una "desviación patológica" en el mundo de la comunicación social 13.

Se produce una curiosa mutación pasajera, cuando la prensa, que se reclama independiente y profesional, de pronto, en época de elecciones, se transforma en prensa proselitista si es que no abiertamente en "prensa de partido". Esta episódica metamorfosis sólo se puede explicar si se tiene en cuenta el conjunto de intereses económicos y políticos de los dueños de los medios, que están en juego, activos y desafiantes, durante el proceso electoral. A veces los mismos barones de la prensa, o sus parientes, amigos y socios cercanos, se convierten en candidatos y demandan que el medio sea puesto a su servicio. Al hacerlo, el medio empieza a contaminarse con el descrédito de los políticos y sufre pérdidas justamente en aquello que es su bien máspreciado y valioso: la credibilidad pública. Porque, como bien cita una autora, la lógica del poder, que es la lógica de los políticos, tiende a contraponerse y, finalmente, a enfrentarse con la lógica de la información, que es la lógica de los periodistas 14.

Y todavía más: no contentos con promoverse a si mismos como eventuales dirigentes políticos, muchos dueños de medios y no pocos periodistas a su servicio también fabrican candidaturas, las llamadas candidaturas mediáticas, y se esfuerzan por imponer su propia agenda en la oferta electoral de los candidatos. Es el momento en que los medios ponen a prueba toda su capacidad para introducir agendas, artificiales o no, en el seno del debate público, manipulando los intereses de diversos sectores sociales y distorsionando los ejes de la cultura política democrática. Es lo que se ha dado en llamar la teoría de la "agenda setting", es decir el establecimiento de la agenda, de cara al Estado y a la sociedad, por parte de los medios de comunicación social.

Al fijar su propia agenda y disfrazarla, para hacerla pasar como la agenda nacional, del gobierno o de la sociedad civil, los medios actúan como "agentes ideológicos" que transmiten y defienden los valores y prioridades de sus dueños como si fueran los

de la sociedad misma. En su afán por imponernos su agenda, estos medios intentan fundir en una sola dimensión lo que es realmente opinión pública con su opinión publicada. Más que reflejar los hechos y mostrar la opinión pública sobre los mismos, esos medios se proponen reconstruir los hechos y crear su propia opinión privada, cuidadosa y cosméticamente, disfrazada de pública. Y así, los dueños convierten a los medios en sus propios "grupos de presión", transformando lo que debería una prensa independiente en una simple prensa instrumental.

Al analizar el papel de los medios de comunicación social en la transición política y democrática que el país ha vivido en las últimas dos décadas, es importante precisar que la prensa en sus distintas formas no es democrática ni antidemocrática por sí misma, como tampoco es noble o dañina per se. Son las condiciones concretas de su desarrollo y funcionamiento las que determinan el carácter político de los medios y su nivel de responsabilidad social. La naturaleza de la propiedad en las empresas periodísticas y, por lo tanto, los intereses corporativos de sus dueños; las políticas de comunicación diseñadas y puestas en práctica desde el poder estatal; el activismo social de la ciudadanía; la responsabilidad y autonomía profesional de los periodistas así como su compromiso con la ética y la verdad, son algunos de los factores que habrán de condicionar el papel de los medios en la construcción democrática del país. Por lo tanto, al analizar la relación que existe entre medios y democracia en el caso específico de Honduras, se debe tener en cuenta el conjunto de factores ya mencionado y las circunstancias concretas en que ha evolucionado la prensa en los últimos veinte años.

El desarrollo de los vínculos entre prensa y democracia así como la relación de interdependencia que existe entre las mismas, ha seguido un curso dispar, desigual y contradictorio, a lo largo de los últimos años. De igual manera, el papel desempeñado por los medios no ha sido similar ni equivalente para todos. Algunos lo han hecho mejor que otros, de la misma forma que ha sucedido con sus protagonistas más directos, los propios periodistas. Mientras unos han optado por la independencia y la ética, otros no han vacilado al tomar partido por la corrupción y la dependencia ante el poder. Generalizar en el análisis de su comportamiento y función no es ni objetivo ni recomendable. Toda generalización, a fin de cuentas, termina en simplificación, es decir, en esfuerzo inútil para aprehender la esencia de las cosas y llegar al mejor conocimiento de las mismas.

#### D. PRENSA Y SOCIEDAD CIVIL

##### El inevitable desencuentro

La discusión sobre los medios y su relación con la sociedad civil es relativamente nueva, pero en nuestro país es algo más que novedosa. El déficit académico existente en el estudio de los medios y la democracia, del que ya hablamos anteriormente, ha abarcado, como es lógico, al tema de la sociedad civil y sus implicaciones políticas. La llamada "ubicación sectorial" de los medios, como vehículos de transmisión entre el Estado y la sociedad, ha facilitado a muchos creer que "estar en un medio equivale a estar en el medio" y, por lo tanto, pasar con tanta rapidez como desparpajo de "medio a mediador". O, lo que es todavía más confuso y cuestionable, que los medios están situados al interior de la denominada "sociedad política" (de ahí, en parte, la

idea del "cuarto poder") y no dentro de la sociedad civil, que es, después de todo, su ámbito natural y lógico. Por supuesto, nos referimos a los medios de comunicación privados y no a los que pertenecen al Estado, léase bien, al Estado, y no al gobierno, como suele suceder en nuestro país.

"Todavía hay muchos medios de comunicación, en América Latina y otras regiones del mundo, dice Eduardo Ulibarri, que se ven a si mismos como integrantes de la sociedad política. Están hechos en gran medida por políticos, o por aspirantes a políticos, para gentes que tienen esas mismas tareas o aspiraciones. Se constituyen, prácticamente, en boletines de discusión interna de las elites políticas, y de este modo se alejan de necesidades y aspiraciones de públicos más amplios, o igualmente limitados pero definidos en función de otros intereses. Son estos los medios que pueden alcanzar un alto grado de influencia en el mundo de los partidos y el gobierno, pero se van desvinculando cada vez más del resto de la sociedad" 15.

La sociedad civil, en sus formas actuales y con sus nuevos métodos de participación, vigilancia y búsqueda de control y transparencia dentro de la gestión pública, es algo inusual y singular en Honduras. Los antiguos grupos de presión o las llamadas "fuerzas vivas", que copaban el escenario social hace algunos años, poco a poco han ido cediendo sus viejos espacios, ya sea para compartirlos con los nuevos agentes sociales o para abandonarlos paulatinamente. Los movimientos sociales, que actuaban como interlocutores válidos de los "poderes fácticos" hace apenas dos décadas, hoy han entrado en una fase de creciente desgaste y evaporación política. Y más de algún poder fáctico de entonces ha devenido ahora en disminuido grupo de presión. Como consecuencia de ello, la sociedad hondureña actual es un entramado más complejo y laberíntico, más sinuoso e inasible para la interpretación fácil o tradicional. Esto es particularmente cierto después de la tragedia ocasionada por el huracán Mitch, a finales del año 1998. Desde entonces, muchas organizaciones de la sociedad civil han emergido con un nuevo protagonismo, a veces ganado a pulso en los momentos más dramáticos del desastre, que, como es de suponer, les permite demandar mayor espacio social, más participación, más rendición de cuentas... más y mejor información.

Pero esta nueva realidad, que cada vez va definiendo sus perfiles con mayor voluntad y precisión, no siempre es bien entendida ni voluntariamente aceptada por la clase política tradicional, la misma que se resiste a compartir espacios y a reconocer, en fin de cuentas, que la política es una praxis que nos concierne a todos en la misma medida que a todos nos afecta, ora beneficiándonos, ora perjudicándonos. Y, junto a esa clase política, algunos medios de comunicación, sobre todo los más contaminados por el virus de la corrupción, también oponen rechazo y animadversión ante la sociedad civil, cuestionando su creciente protagonismo o condenando su simple existencia y legitimidad.

No es casual que la primera controversia pública entre esos medios de comunicación, especialmente algunos de sus periodistas y dueños, y los nuevos grupos de participación ciudadana, se produjera justo en los meses inmediatamente posteriores al huracán Mitch. Ante las advertencias provenientes de ciertos grupos y organizaciones de la sociedad civil sobre la creciente intolerancia oficial y la

tentación presidencial por favorecer el autoritarismo y la involución política (aprovechando la oportuna coyuntura del desastre natural), la prensa y los periodistas afines al gobierno desataron una campaña feroz y calumniosa contra los críticos del estilo y ánimo presidenciales. En respuesta a esos voceros, asalariados o gratuitos, del gobierno, el Foro Ciudadano, una organización de sociedad civil que aboga por la formación de "una ciudadanía informada, crítica, beligerante y propositiva", envió una carta pública al Colegio de Periodistas de Honduras (CPH), en la que, además de advertir sobre la peligrosa desintegración moral que sufre una parte importante del gremio periodístico, le invita a cambiar su actitud, moderar sus ímpetus de intolerancia y abrir más sus mentes a la nueva realidad que el país está viviendo.

Algunos párrafos de esa carta merecen ser citados en esta ocasión:

"En la medida en que los medios se recargan y saturan a la ciudadanía de propaganda oficial, se vuelven vulnerables a la presión, al chantaje y a la intimidación del gobierno. La saturación propagandística vulnera, más temprano que tarde, la independencia de los medios y la calidad profesional de los comunicadores sociales... De ahí el peligro de que los medios transmitan menos información y más propaganda, más opinión interesada y menos información objetiva. Es el momento peligroso en que esa prensa pierde la visión en donde se separan la información y la opinión... La práctica, ya viciosa, de incorporar, a costa del presupuesto nacional, a determinados periodistas en los viajes oficiales, previa selección gubernamental y cobertura de gastos de transporte y viáticos, crea un alto nivel de subordinación, cooptación o manipulación, directa o indirecta, de los medios, por el Presidente de la República... Son estos hechos (entre otros, VM) - concluye la carta del Foro Ciudadano - los que deben escandalizar y preocupar al Colegio de Periodistas de Honduras y motivarlo a iniciar una cruzada de rescate de la dignidad del periodismo nacional. El Colegio de Periodistas debe enarbolar la bandera de los periodistas honestos, independientes y acosados, y la de los mal remunerados, que a veces son los mismos; el rescate del protagonismo perdido, su contribución al fortalecimiento democrático y la vigilancia ineludible de la libertad de expresión" 16.

La discusión generada en torno a las denuncias del Foro Ciudadano y la respuesta casi visceral de la "prensa tarifada", se convirtieron, de pronto, en el necesario punto de partida para un debate más abierto y profundo, acentuando la ya creciente preocupación de la sociedad civil por el rol tan cuestionable y perjudicial que ciertos periodistas, los menos independientes y, por lo mismo, los más cooptados y dóciles, están jugando en el proceso de construcción y consolidación democrática que vive Honduras.

Continuando en su línea de análisis crítico sobre el rol de los medios y su importancia vital en la consolidación de la democracia, un grupo de ciudadanos, pertenecientes a los más diversos sectores sociales, políticos y económicos del país, se dirigió en carta pública a los dueños de esos medios para expresarles, entre otras cosas, lo siguiente:

\* "Que sus medios están en condiciones de promover o socavar los valores democráticos. Su trabajo cotidiano y persistente puede contribuir a adaptar la vida política y social de nuestro país a las exigencias del nuevo siglo o puede retrotraerla a siglos pasados, caracterizados por la intolerancia y la persecución.



\* "Que sus medios deben servir para impulsar los procesos democráticos y no para frenarlos; que su compromiso con la sociedad, la democracia y la paz debe anteponerse a cualquier otro interés privado o político, situación que a la larga viene a favorecer sus propios intereses, porque vivir en paz y democracia es una ganancia para todos.

\* "Que la reducción de espacios que promueven la crítica, el debate y la exigencia de cuentas a los dirigentes y funcionarios, son signos de retroceso y evidencia clara de un preocupante acercamiento y sumisión de sus medios al poder político".

\* Y, en virtud de estos conceptos y otros similares, los firmantes de la carta expresan su preocupación por:

\* "Que muchos dueños, directores y ejecutivos de medios y programas forman parte del gobierno, dentro o fuera del país, o se mantienen cerca bajo el manto de Notables, dualidad que pone en precario la independencia de sus medios y la objetividad e imparcialidad con que debe ser difundida la información periodística.

\* "Que algunos directores de medios y programas actúan como guardianes de los intereses oficiales en el interior de los mismos, desempeñando su misión con una peligrosa intervención en la independencia del medio, llegando, incluso, a esperar la autorización gubernamental para leer un editorial, titular o colocar una noticia y definir el despliegado de la primera plana, todo ello con la complacencia de los dueños".

Por todo lo expuesto, concluye la carta pública,

"les exhortamos a la reflexión y les recordamos que una empresa periodística se diferencia sustancialmente de las empresas que venden productos o servicios, por la función social que desempeña y por el papel que juega en la formación de una ciudadanía informada, lo cual es requisito indispensable para la construcción de la democracia" 17.

La Asociación Hondureña de Medios de Comunicación, controlada en lo fundamental por unos cuantos empresarios ligados estrechamente al poder político, respondió a la carta del grupo ciudadano en términos que no dejan lugar a dudas sobre su intolerancia ante el pensamiento crítico de los demás y su pretensión de monopolizar las opiniones y el debate. Fue una respuesta que, sin proponérselo, sirvió para justificar y dar la razón a la preocupación expresada por quienes firmaron y enviaron la carta pública.

"En este grupo - dice la respuesta de los principales dueños de los medios de comunicación, el Presidente de la República incluido -, con las apreciables excepciones, además de políticos sin mucho éxito, de aspirantes a políticos, de figuras de cuestionables convicciones y de vulnerable conducta, y uno que otro ingenuo, se encuentra parte de esa vieja resaca de resentidos que dejó la Guerra Fría que, aunque huérfanos de sus antiguas banderas totalitarias, nuevamente vuelven a la carga en busca de protagonismo y notoriedad".

"Es lamentable que esta gente - siguen diciendo los empresarios de la comunicación -, con una actitud de soberbia y prepotencia pretendan ser dueños absolutos de la

verdad, y sin que nadie haya depositado por ellos un solo voto ya creen haberse apropiado de todas las causas del pueblo y del derecho de hablar en su nombre..." 18.

El tono y el espíritu descalificador no pueden ser más elocuentes. Los dueños de los principales medios de comunicación no admiten la crítica y, apenas olfatean su presencia, responden con una sensibilidad inusitada, en actitud intolerante sólo comparable con la misma que acostumbra el poder presidencial. Pero, en contraparte, también se afianza la voluntad cuestionadora de la sociedad civil, a la vez que se afina y agudiza su espíritu de análisis y su disposición al debate y la reflexión abierta. No en vano, Vaclav Havel, el formidable protagonista y dirigente político de la transición en la antigua Checoslovaquia, dijo en una ocasión, recordando sus tiempos de disidente antiautoritario y conciencia lúcida de su época, que:

"mientras mayores eran el control y las falsedades oficialistas, mayor era también la influencia de los intelectuales que osaban decir la verdad" 19.

Estos desencuentros entre los medios de comunicación social, afortunadamente no todos, y varias organizaciones representativas de la sociedad civil, especialmente los grupos de control ciudadano que exigen transparencia y rendición de cuentas en la gestión pública, no deberían sorprender a nadie. Aunque no son deseables ni convenientes, resultan a veces inevitables en esta fase de la construcción democrática, cuando la nueva cultura política está apenas en vías de conformación, casi en estado larval, y los resabios autoritarios del pasado, así como sus vicios y excesiva sensibilidad ante la crítica, permanecen todavía muy arraigados en la mente colectiva.

Los medios de comunicación, debido en gran parte a su creciente importancia en la vida social y a sus evidentes poder económico e influencia política, han ido desarrollando una cierta cultura de arrogancia y prepotencia, que los hace lucir como si fueran los jueces supremos de la vida pública y los únicos agentes capaces de valorar e interpretar los hechos sociales. Esta circunstancia, sin duda, facilita el surgimiento y arraigo de actitudes que pueden resultar tan descalificadoras como intolerantes. Las famosas "notas de redacción", cuidadosamente colocadas al pie de un texto aclaratorio o leídas tan pronto como concluye la réplica verbal de la parte ofendida, son apenas un reflejo de esa vocación de razón permanente que exhiben algunos medios, que no admiten sus posibles errores o que, cuando no pueden evitarlo, lo hacen con cierto desplante de arrogancia o con afán de ironía, fallida las más de las veces, para dejar siempre la impresión de ser los dueños últimos de la verdad y los únicos concedores de los hechos.

Como es de suponer, en la medida que la ciudadanía se vuelve más activa y vigilante, la arrogancia mediática acaba siendo cuestionada y, eventualmente, rechazada. El mayor activismo social de la gente, paradójicamente estimulado, en ocasiones, por algunos de esos mismos medios de comunicación, desemboca, más temprano que tarde, en la crítica de los medios y en mayores demandas por su democratización.

Por otro lado, es evidente que la sociedad civil misma intenta, con éxito y habilidades diferentes, introducir su propia agenda social y política dentro de la llamada agenda nacional. Para ello, como es lógico asumir, precisa de los medios de comunicación y trata de incidir sobre éstos y beneficiarse de su influencia. Se activa así una dinámica

de doble vía, contradictoria algunas veces, que hace resaltar los dilemas y la especificidad de los medios en su relación con la sociedad civil.

Porque, al tiempo que deben ser vistos como parte sustancial de esa sociedad civil, los medios también deben resaltar su condición de agentes sociales propios, con funciones singulares y concretas, que no les permiten ser absorbidos ni diluirse en la impersonalidad de lo colectivo. Están dentro de la sociedad civil en tanto que no forman parte del Estado pero, a la vez, deben funcionar como instancias de transmisión, como correas mediáticas, entre el Estado y la sociedad, proporcionando la información veraz y necesaria que todos reclaman. La particularidad de su función los hace semejantes al resto de la sociedad civil y, al mismo tiempo, los hace diferentes.

En este sentido, siempre en la línea de la búsqueda de espacios por parte de las organizaciones de la sociedad civil para sus propias agendas, es oportuno señalar que el impresionante desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación juega a favor de una mayor democratización en el proceso de producir, procesar y divulgar información. Por lo tanto, favorece a esas organizaciones y les abre nuevas posibilidades en el campo de la comunicación social. Hoy en día, por ejemplo, mediante el uso del correo electrónico, las llamadas páginas web, la interconexión de las redes en el universo de Internet o el simple fax, los grupos sociales son capaces de relacionarse entre sí a nivel nacional y mundial en forma instantánea, intercomunicándose y retroalimentándose constantemente, de tal manera que los monopolios de la información, que tanto afectan y perjudican al rol democratizador de la prensa, se debilitan cada día y se vuelven obsoletos. La sociedad civil está cada vez más en capacidad de organizar y desarrollar con éxito su propia "guerrilla semiótica", al decir de Umberto Eco, en la lucha por acceder a más y mejor información "ajena" para divulgar más y mejor información "propia".

El informe del fiscal especial Kenneth Starr, para citar un caso muy ilustrativo, que narró con detalles y cierta morbosidad legal los escarceos amorosos del ex presidente norteamericano Bill Clinton con la joven Mónica Lewinsky, fue introducido en Internet tan pronto como estuvo disponible al público y al menos 24,7 millones de personas lo leyeron en apenas 48 horas. Si se toma en cuenta que la circulación total del New York Times y el Washington Post juntos, en un día promedio, no supera los dos millones de ejemplares, entonces nos podremos formar una idea más acabada de lo que está aconteciendo en el mundo de la información. Según Sasa Vucinic, Director del Media Development Loan Fund, éste fue el momento - viernes 11 de septiembre de 1998 - en que comenzó la nueva era para el sector de los medios de comunicación<sup>20</sup>. Quienes pretendan, contra toda lógica y evidencia, ignorar estos cambios colosales en el mundo de la información, tendrán al menos la oportunidad, dice irónicamente Vucinic, de experimentar, de primera mano, lo que sintieron los dinosaurios hace ya mucho tiempo.

Pero los avances tecnológicos y la dinámica democratizadora en el acceso a la información, lejos de ser un obstáculo para el reencuentro, deben favorecer las tendencias de acercamiento y contactos directos entre la sociedad civil y la prensa independiente. Entre las tres instancias ya mencionadas - el Estado, los medios de

comunicación y la sociedad - se establecen fluidas corrientes de autonomía e interdependencia que caracterizan el mundo de sus relaciones. La dialéctica que las atraviesa va desde la complementariedad a la controversia, de la ruptura a la sintonía. Y por lo mismo, los desencuentros que se producen entre las partes no deben ser asumidos ni como situaciones permanentes ni como conflictos insolubles.

Es en la sociedad civil, en su seno y andamiaje, en donde los medios pueden encontrar los mejores aliados para impulsar o defender su propia democratización interna. En la fuerza de esas organizaciones sociales, los medios deben hallar el mayor respaldo para el respeto a la libertad de prensa, la libertad de expresión y el derecho a la información. También entre ellas habrán de recibir el apoyo que les garantice su autonomía profesional y la necesaria modernización institucional que debe producirse en las relaciones entre periodistas y dueños de medios de comunicación.

La vitalidad democratizadora de los medios, activa en algunos casos, subyacente y neutralizada en otros, sólo puede ser real y efectiva si está estrechamente vinculada con la ciudadanía. Es ahí, entre la gente, entre receptores cada vez más dinámicos y críticos, en donde la prensa democrática y transparente habrá de encontrar sus verdaderos aliados y soportes. Porque, como bien escribe un autor, "la comunicación es diálogo, es mensaje circular, no lineal; siempre implica ida y retorno. La verdadera comunicación es a la vez emisión y recepción" 21.

Propietarios modernos, con espíritu democrático; periodistas profesionales y honestos; un Estado de derecho transparente y respetuoso de las libertades públicas, junto a una sociedad civil beligerante y participativa; esos serán los factores clave para que los medios puedan contribuir realmente a la democracia y devolver al periodismo su condición legítima de oficio profesionalmente digno y socialmente útil. Ese es uno de los grandes desafíos que debe afrontar la nueva cultura política democrática en Honduras.

#### D. BIBLIOGRAFIA

- \* Belloch, Juan Alberto: "Prensa, corporativismo y abuso de poder", Revista CLAVES de razón práctica, No 15, 1990. Madrid, España.
- \* Aguilar, Miguel Angel y otros: "MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y CULTURA POLÍTICA", Editorial Pablo Iglesias, 1999. Madrid, España.
- \* Biasatti, Santo y otros: "PERIODISMO Y ÉTICA", Editorial Espasa Calpe, 1997. Buenos Aires, Argentina.
- \* Canetti, Elías: "MASA Y PODER", Muchnick Editores, 1981. Barcelona, España.
- \* Cotarelo, Ramón: "Comunicación y democracia en España", Revista LEVIATAN, No 68, II Epoca, 1997. Madrid, España.
- \* Chamorro, Carlos F.: "El periodismo centroamericano frente a la agenda de la democratización", ponencia presentada en el seminario "Medios y democracia en Centroamérica", mayo, 2001. Tegucigalpa, Honduras.
- \* Enzensberger, Hans Magnus: "ELEMENTOS PARA UNA TEORÍA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN", Editorial Anagrama, 1974. Barcelona, España.
- \* Foro Ciudadano y CEDOH: "LA CIUDADANÍA PIDE LA PALABRA", Ediciones CEDOH, 1999. Tegucigalpa, Honduras.

- \* Greene, Robert: "LAS 48 LEYES DEL PODER", Editorial Espasa Calpe, 1999. Madrid, España.
- \* Iriarte, Gregorio: "Comunicación, ética y formación de la conciencia crítica", Revista PRESENCIA ECUMENICA, No 40, 1996. Caracas, Venezuela.
- \* Keane, John : "La democracia y los medios de comunicación", Revista LEVIATAN Nos 51/52, II Epoca, 1993. Madrid, España.
- \* Kennedy, Paul: "HACIA EL SIGLO XXI", Plaza & Janes Editores, 1993. Barcelona, España.
- \* Marash, David y otros: "La prensa hondureña: un periodismo del silencio", Comité para la protección de periodistas, traducción libre de la Escuela de Periodismo de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, 1984. Tegucigalpa, Honduras.
- \* Perelli, Corina y otros: "PARTIDOS Y CLASE POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA EN LOS 90", IIDH/CAPEL, 1995. San José, Costa Rica.
- \* PNUD : "INFORME SOBRE DESARROLLO HUMANO: HONDURAS 2000", PNUD, 2000. Tegucigalpa, Honduras.
- \* Pradera, Javier: "Políticos y periodistas", Revista CLAVES de razón práctica, No 15, 1990. Madrid, España.
- \* Sohr, Raúl: "HISTORIA Y PODER DE LA PRENSA", Editorial Andrés Bello, 1998. Santiago de Chile, Chile.
- \* Uriarte, Edurne: "La política y los medios", Revista LEVIATAN, No 80, II Epoca, 2000. Madrid, España.
- \* Valle, Rafael Heliodoro: "HISTORIA DE LA CULTURA HONDUREÑA" Editorial Universitaria, 1981. Tegucigalpa, Honduras.